

En torno al cincuentenario de la muerte de André Gide

Margarita GARBISU BUESA

El 12 de febrero de 1951 murió el escritor André Gide en París, la misma ciudad que le había visto nacer en 1869. Cinco años antes de su fallecimiento, le habían concedido el Premio Nobel de Literatura.

El presente artículo nace, como su título indica, a propósito del cincuentenario de la muerte de Gide; quien lo escribe, en un principio, tan sólo pretendió recordar la figura y pensamiento del escritor francés pero, mientras iba gestando las palabras, le surgieron una serie de preguntas que cualquiera que conozca mínimamente al autor se podría hacer: ¿cuál fue la actitud de la cultura española ante la concesión del Nobel?; o mejor: ¿cómo reaccionaría la prensa española, de obligado sesgo hacia la derecha, ante un escritor como Gide? Tras estos interrogantes, era necesario, cuando menos, un breve rastreo a la prensa de 1947, rastreo que se limitó a cinco periódicos madrileños (*Ya*, *El Alcázar*, *ABC*, *Pueblo e Informaciones*) y que se resume en lo siguiente:

A propósito del galardón, Antonio Mira, cronista del periódico *Ya*, publicó un bonito artículo, con fecha del 20 de noviembre de 1947, que llevaba por título: «André Gide es avaro, friolero y misántropo»; y por subtítulo: «El nuevo Premio Nobel se hizo comunista, fue a Rusia y... se decepcionó». El escrito recuerda su trayectoria personal y literaria, su labor cultural en Francia, además de su paso por el comunismo, sus dudas religiosas y sus pequeñas manías y defectos. Mira comienza hablando de su acercamiento al marxismo:

«(...) El escritor había conquistado la cima de la fama; había regresado de un largo viaje por el Congo y por el Tchad. Reinaba sobre la generación que tuvo veinte años hace veinte años... Pero estaba cansado de discípulos demasiado dóciles, de bocas abiertas demasiado inexpresivas... y se hizo comunista. Corría el año 1932, Gide partió con su futuro yerno, Pierre Herbart, para Moscú. Cuando regresó, en su *Retorno de la U.R.S.S.*, confesó su decepción con un candor y un cinismo

incalificables. Este libro le produjo una gran cantidad de enemistades. Fue el escándalo literario de 1936, año decisivo en el que las aguas empezaron a dividirse en el mundo entero. Gide creyó oportuno dar algunos "retoques" a su *Retorno de la U.R.S.S.* Retoques ingenuos para tan alta y completa autoridad».

Alude después a su individualismo y misantropía:

«(...) Gide es un curioso impenitente. Su curiosidad por todo no es comparable más que a su feroz individualismo, a su independencia rabiosa, a su misantropía melancólica. (...)

En verdad, lo que prefiere es jugar con sus gatos siameses, coleccionar insectos, hojear herbolarios, tocar el piano, traducir a Shakespeare y a Goethe y, naturalmente, escribir, escribir y escribir.

Es enemigo de toda publicidad y se confiesa avaro sin remedio. Por añadidura es un friolero exagerado».

Continúa con sus dudas religiosas:

«(...) Ha sufrido siempre una enorme angustia moral y religiosa. Hijo de padre protestante —que murió cuando él tenía once años— y madre católica y normanda, ha buscado su verdad en todas las verdades y creencias. Profundamente religioso —en el sentido primario de la palabra— por temperamento y educación, ha tenido siempre varios dioses. Ha amado y rezado con fervor al verdadero, al único, al del Evangelio. Pero a su modo. Este hugonote ha rozado más de una vez el catolicismo y Paul Claudel le esperaba con impaciencia y le daba ánimos. La esperanza del poeta católico francés ha sido decepcionada».

Y termina con la siguiente conclusión:

«Gide has sido catalogado como panteísta y hedonista. Pero, ¿Gide considera el placer como fin de esta vida? ¿Gide, ateo? Siempre ha deseado un alma inmortal. ¿Se va a resignar a la nada?

Gide, el vagabundo moral e hijo pródigo que no volvió, está, sin duda, muy lejos de nosotros; pero esto no empece para que miremos con caridad las heridas que nos enseñó y que admiramos la verdad y el arte con que ha sabido mostrárnoslas. Es un deber nuestro»¹.

Las palabras del cronista recogen lo fundamental de Gide; bastante información, además, en comparación con otros diarios, que se limitaron a breves recen-

¹ Antonio MIRA: «André Gide es avaro, friolero y misántropo», en *Ya*, Madrid, 20 de noviembre de 1947, p. 3.

siones o notas de prensa enviadas a través de agencias de noticias, recordatorias de la figura del escritor. Por ejemplo, *El Alcázar* le dedica en portada (con continuación en la página 3), una breve y aséptica reseña, enviada por EFE desde Estocolmo, en la que se comienza señalando sus inicios simbolistas y su amistad con Valéry y Pierre Louys para continuar con su evolución literaria:

«(...) Gide evolucionó luego; es uno de los escritores que más ha cambiado en el transcurso de los años. La actividad de Gide alcanza todo el campo de la literatura: poesía, novelas, comedias, ensayos, periodismo. De sus primeros tiempos nos queda *El tratado de Narciso* y *El viaje de Urien*. En sus *Crónicas* y en su *Diario* ha dicho todo lo que podía escribir sobre él mismo y sobre lo que esperaba de los demás. Su fina inteligencia, su sensibilidad y la riqueza de su prosa hacen atractiva su obra, llena de sorprendentes hallazgos. Su personalidad, en la que dejó huella la severa educación protestante que recibió de su madre, se revela en *La sinfonía pastoral*, una de las mejores novelas francesas».

Termina de la siguiente forma:

«(...) Recalcitrante en la exposición de la verdad, fue duramente criticado por su *Retour de l'Urss*, donde abjuraba de sus simpatías soviéticas»².

La atención del *ABC* al premio no excede a la del diario anterior. Se limita igualmente a una nota de EFE y a una breve reseña sin firma en la que se destaca su educación protestante, el carácter autobiográfico de su obra, sus inicios simbolistas, su vinculación con las revistas *L'Ermitage* y *El Centauro* y su estrecha relación con escritores como Pierre Louys, José María de Heredia, Mallarmé y, sobre todo, Oscar Wilde. El último párrafo del artículo dice:

«(...) La obra de Gide ha dado lugar a los más profundos y escrupulosos estudios críticos. En un tiempo fascinado por lo que decía la propaganda soviética, sacó de su viaje a Rusia una impresión que le valió al publicarla los más duros ataques del comunismo. Su interés por el comunismo se trocó después de su visita a Rusia en aversión humana e intelectual»³.

El diario *Pueblo* se explaya algo más. En tono crítico, ataca a la cultura francesa por la no admisión de Gide en la Academia. El artículo pone de relieve, una vez más, el anticomunismo de Gide, y deja asomar la polémica que en un momento dado pudo rodear a su obra. El título se aleja de una mera alusión a

² «André Gide, Premio Nobel de Literatura», en *El Alcázar*, Madrid, 14 de noviembre de 1947, p. 3.

³ «Premio Nobel de Literatura», en *ABC*, Madrid, 14 de noviembre de 1947, p. 13.

una nota de prensa: «Andrés (*sic*) Gide no ha sido admitido aún en la Academia Francesa, pero ya es Premio Nobel». En líneas generales dice lo siguiente:

«A su retiro en las cercanías de Neuehatel (Suiza), donde reside lejos de la atmósfera francesa que no le place, le ha llegado a André Gide la noticia del galardón de Estocolmo. Se le concede el Premio Nobel antes que el ingreso en la Academia Francesa, cuyas puertas se le han cerrado, motivando en protesta la dimisión del secretario perpetuo, Duhamel. El autor de *La puerta estrecha*, *Las bodegas del Vaticano*, *El inmemoralista* (*sic*) es también el padre de otro libro cuyo título cita con enojo la prensa izquierdista: *De vuelta de Rusia*. No se le ha perdonado su confesión y, sin embargo, Gide no se clasificó nunca entre los escritores "reaccionarios". Muy al contrario. Pero Andrés Gide, humano profundamente humano, hasta en el complejo físico, que envolvió parte de su obra en un ambiente turbio, sobre todo desde *Corydon*, es, sin duda, el autor de mayor influencia en dos generaciones francesas.

No se le ha podido catalogar, porque es independiente. Lo probó en sus observaciones sobre la Unión Soviética, regresando, como Celine, sin ocultar la verdad, y recientemente, en su *Diario*, discrepó del patriotismo bullanguero y grandilocuente de los franceses en la guerra y en la ocupación alemana. Le sorprendió la contienda en Argel y ya liberado París, no quiso volver en seguida. Va raramente a la capital francesa, sólo para manifestaciones literarias o teatrales, como la representación por Barraul y Madeleine Renaud de una adaptación de *Hamlet*.

No ha intrigado para obtener el Premio Nobel, y tampoco contó con el favor oficial, pues en la terna del Quai d'Orsay, M. Bidault puso en primer lugar a François Mauriac, como Italia había propuesto a Benedetto Croce. La Real Academia Sueca ha preferido Andrés Gide. Es justicia que se rinde a un francés sin que nada le deba a su gobierno»⁴.

El periódico *Informaciones* ni siquiera recoge la noticia. Y la conclusión a la que se puede llegar tras la lectura de los diarios mencionados es que todos insisten en el anticomunismo del escritor. Teniendo en cuenta que estamos en 1947, en pleno régimen franquista, no es de extrañar que la prensa madrileña insista en este aspecto. Por eso merece una atención especial el artículo del *Ya*, firmado por Antonio Mira, porque se distingue del resto de las crónicas en que alude al espíritu verdadero de Gide; en concreto, habla de hedonismo, individualismo y panteísmo, sin por ello dejar de mencionar, como sus colegas, su flirteo con el marxismo primero, con el antimarxismo después.

⁴ «Andrés Gide no ha sido admitido aún en la Academia Francesa, pero ya es Premio Nobel», en *Pueblo*, Madrid, 14 de noviembre de 1947, p. 8.

Intentemos comprender las palabras de Mira y las del resto de los cronistas acudiendo al propio Gide y a su obra. Porque no sólo en su *Diario*, sino en cada una de sus novelas y composiciones se encuentra algo de su vida, de su complejo pensamiento y de sus inquietudes.

André Gide fue, entre otros, amigo de Oscar Wilde, de Marcel Proust, de Paul Claudel y de André Malraux... Dicen que era una bellísima persona y muy amigo de sus amigos.

Wilde fue su maestro, el que le enseñó a apreciar los placeres, grandes y pequeños, de la vida; el que en *Los alimentos terrenales* (esa obra inicial de Gide, que tan sólo vendió 500 ejemplares en su edición de 1897), se confundió con Ménalque, el maestro que aconsejaba a un discípulo llamado Nathanaël.

La relación con Proust empezó más bien mal; éste le pidió que le publicara *Por el camino de Swann*, la primera parte de *En busca del tiempo perdido*, en su editorial de la *Nouvelle Revue Française*. Pero Gide no se fió de él, de su prosa barroca, recargada, y, siempre según su visión literaria, superficial. Después se daría cuenta de su error y lo declararía públicamente.

De Claudel fue primero amigo y después enemigo. Claudel, el converso, el proselitista, el casi puritano, quiso adoctrinar a su amigo André, el inseguro, el indeciso, el que nunca llegó a ser católico. Y por eso se acabó su amistad; porque el segundo se hartó del primero y porque el primero acusó al segundo de conducta licenciosa. Detrás de estas palabras estaban las tendencias homosexuales y promiscuas de Gide.

Con André Malraux inauguró en París en 1935, el Primer Congreso de Escritores por la defensa de la cultura, congreso de alta participación, alto compromiso, manifiestos y proclamas cercanas al comunismo. Allí estuvieron Julien Benda, Bertolt Brecht, Louis Aragon, Aldous Huxley, Robert Musil, Max Brod, Paul Nizan, Heinrich Mann, Tristan Tzara, César Vallejo, Alfred Doblin, un largo etcétera y, por supuesto, el propio Gide; allí se habló de la necesidad de una literatura comprometida (atrás quedan ya los juegos formales de la década de los 20), se firmaron proclamas antifascistas y se defendió la libertad de intelectuales y artistas.

Pero vayamos por partes. Porque hablar de Gide es sencillo y complejo al tiempo; sencillo porque hay mucho que decir de él y complejo porque su vida es

una evolución continua, una continua huida hacia delante en busca de un carácter, estilo y pensamiento propios. André Gide nunca estuvo seguro de nada; ni de sus ideas, ni de su literatura, ni de su propia persona.

Con lo hasta aquí escrito ya se pueden sacar unas conclusiones iniciales. Se muestra a Gide como un hedonista y homosexual (como Wilde), como un intelectual comprometido, cercano incluso al comunismo (como Malraux), como ateo (al contrario que Claudel) y como un importante agitador cultural (cercano, por ello, a Proust). Y es que la de Gide fue una vida al límite, exprimida hasta el extremo, pues además se casó, viajó por gran parte del mundo, creó una importante revista, tuvo amantes y escribió sin cesar: poesía, teatro y novela, todos los géneros.

Nacido en el seno de una familia protestante, su madre le educó en un férreo puritanismo que convirtió al pobre André en un ser más bien escrupuloso, inseguro y dudoso de hasta sus propios sentimientos. Desde joven se comprometió con Madeleine, su prima angelical, la que luego sería Marceline en *El inmoralista*, un ser puro, tierno, amable y afable, educado bajo su mismo patrón, pero buena acatadora de una educación anunciada. Ella estaba contenta con él; él también con ella, la adoraba, siempre la quiso, pero a su manera, ya que, una vez marido y mujer, él mantenía relaciones ocultas con jóvenes también angelicales pero de sexo opuesto. En su *Diario*, el escritor dedica bellas palabras a su mujer:

«(...) No saboreo aquí ya ni siquiera la alegría de hacerla feliz; es decir que ya no me hago esa ilusión; y la idea de ese fracaso ronda mis noches. Llego incluso a creer que mi amor le resulta gravoso; y a veces me reprocho ese amor como una debilidad, como una locura, e intento convencerme de que no he de dejar que me haga sufrir más... No puedo resignarme al divorcio de nuestros pensamientos. No amo más que a ella en el mundo y no puedo verdaderamente amar sino a ella. No puedo vivir sin su amor. Acepto tener al mundo entero contra mí, pero no a ella. Y debo ocultarle todo eso. Debo representar con ella, y como ella, la comedia de la felicidad» (26 de enero de 1921)⁵.

El escritor califica sus veintiséis años de matrimonio (se casaron en 1895) como una «comedia de la felicidad», provocada por una homosexualidad que había costado asumir no sólo a Madeleine sino también al propio Gide, ya que

⁵ André GIDE: *Diario*, traducción de Laura Freixas, Alba, Madrid, 1997, pp. 253-254.

En la misma época en que conoció a Wilde, Gide empezó a recorrer el mundo. En el 94, un viaje por el Norte de África cambió su modo de entender las cosas. Allí, además de introducirse de la mano de Wilde en antros de vicio y de escuchar las enseñanzas hedonistas y estetas del irlandés (ya hemos dicho que coincidieron en este continente), allí, decía, descubrió un nuevo modo de existencia que nada tenía que ver con su París natal, con la vida en la gran urbe. Se encontró con costumbres diferentes, con paisajes extraños y con la naturaleza en estado puro, y empezó entonces su lucha contra todo aquello creado por el hombre que impidiera precisamente el disfrute de lo que acababa de conocer en África, de la naturaleza y sus alimentos, libres de cortapisas externas, humanas, religiosas, morales, legales y equívocadamente éticas.

Por eso no se dejó convencer por su amigo Claudel y no aceptó los dogmas de un catolicismo rígido; pensaba en un Dios creador de la belleza, pero no en normas religiosas concebidas por los humanos.

«(...) Leídas anoche (...) las admirables páginas de Bossuet sobre la oración, extraídas de no sé dónde y que encabezan mi pequeña edición de las *Elevaciones sobre los misterios*. Pero, cuando seguidamente abordo las dos elevaciones, me embrollo en una serie de seudorrazonamientos que, lejos de persuadirme, me indisponen y me asquean de nuevo. No, no es por esa puerta por donde puedo entrar; no hay puerta para mí por ese lado. Puedo hacerme el tonto; lo he intentado; pero no mucho tiempo, y no pasa mucho rato antes de que me rebele entero contra esa comedia impía que mi ser se esfuerza en representar. Si la Iglesia exige eso de mí, será que Dios está muy por encima de ella. Puedo creer en Dios, amar a Dios, y todo mi corazón me lleva a ello. Puedo someter mi cerebro a mi corazón. Pero, por lo que más queráis, no busquéis pruebas, razones. Ahí empieza lo imperfecto del hombre; y yo me sentía perfecto en el amor» (29 de enero de 1916)⁸.

Por eso, fue siempre tolerante y simplemente aprendió a gozar de aquello que brindaba la vida, como muestra en *Los alimentos terrenales*, que escribió a su vuelta del viaje a África:

«(...) No trates nunca de volver a encontrar el pasado en el porvenir. Toma de cada instante la novedad que a nada se parece y no prepares tus placeres, o ten en cuenta que en lugar preparado para uno de ellos, *otro* distinto te sorprenderá.

¿Acaso no has comprendido que toda felicidad es ocasional y se te presenta a cada instante como un mendigo en tu camino?»⁹ (pp. 34-35).

⁸ *Ibid.*, pp. 216-217.

⁹ André GIDE: *Los alimentos terrenales. Los nuevos alimentos*, traducción de María Conepción García-Lomas, Alianza, Madrid, 1985, pp. 34-35.

Por eso fue un individualista, defensor de la libertad individual, esto es, de la decisión personal y única, la sola valedera, la que le lleva al inesperado final de *Los Alimentos terrenales* cuando el narrador-maestro dice al joven discípulo Nathanaël:

«Nathanaël, ahora, tira mi libro. Emancípate de él. (...)»

Nathanaël, tira mi libro; no te sientas satisfecho con él. No pienses que tu verdad puede encontrarla otro; avergüénzate de eso más que de cualquier otra cosa. Si yo buscara tus alimentos no tendrías hambre para comerlos; si yo te preparara tu lecho no tendrías sueño para dormir en él. Tira mi libro; repítete a ti mismo que lo que en él se dice es sólo *una* de las mil posturas posibles ante la vida. Busca la tuya. Lo que otro hubiera hecho tan bien como tú, no lo hagas. Lo que otro hubiera dicho tan bien como tú, no lo digas; o lo que hubiera escrito tan bien como tú, no lo escribas. No te apegues sino a lo que tú sientas que no existe en ningún otro lugar más que en ti mismo, y crea de ti, con paciencia o con impaciencia, ¡ah!, el más insustituible de los seres»¹⁰.

Por eso aprendió a aceptarse a sí mismo, su homosexualidad, la belleza que en principio no vio en su persona, su sensualidad y sus oscuros pensamientos. Y quiso enseñar precisamente eso, que cada cual se mostrara como era y aceptara su propio individuo, el «hombre viejo» que existe en cada uno, sin influencias externas y con sus propias tendencias, virtudes, vicios, seguridades, maldades y bondades:

«(...) Fue desde entonces a *aquel* a quien pretendí descubrir: el auténtico ser el “hombre viejo”, aquel de quien el Evangelio ya no quería saber nada, aquel al que todo lo que me rodeaba, libros, maestros, padre, e incluso yo mismo, habíamos tratado de suprimir de entrada. Y ahora se me aparecía, gracias a ese peso acumulado, más borroso y difícil de descubrir, pero, por lo mismo, tanto más útil si llegara a ser descubierto y valioso. Desde entonces desprecié ese ser secundario, aprendido, que la educación había dibujado por encima. Era preciso sacudirse esas sobrecargas»¹¹.

Por todo esto, por su hedonismo, su defensa de la libertad individual y su tolerancia, Gide creyó en una postura humanista (humana, más bien), aprendida de la figura de Cristo que admiraba. Porque Gide no era católico pero sí un ferviente lector del Evangelio, y su cristianismo, decía, «no pertenece más que a Cristo»¹²

¹⁰ *Ibid.*, p. 123.

¹¹ André GIDE: *El inmoralista*, traducción de Margarita Carbayo, Cátedra, Madrid, 1988, p. 13.

¹² A. GIDE: *Diario*, p. 153.

y, como él, pretendió siempre «hacer el bien a los demás (...) y no pasar como una vana sombra que no deja huella alguna de su paso»¹³. Ya hemos dicho que fue gran amigo de sus amigos, de Marcel Proust, por ejemplo, a quien, después del error inicial, publicó toda la serie de *En busca del tiempo perdido* en la editorial Gallimard, nacida al amparo de la *Nouvelle Revue Française*, revista a la que Gide había ayudado a nacer en 1909 y que se convirtió en uno de los medios culturales más importantes de las primeras décadas del xx en Francia. La relación con Proust se convirtió en una profunda y duradera amistad:

«(...) Durante mucho tiempo pude dudar si Proust no usaba poco su dolencia para proteger su trabajo (lo que me parecía muy legítimo); pero ayer, y ya el otro día, pude convencerme de que está realmente enfermo. Dice que pasa horas enteras sin poder siquiera mover la cabeza; se pasa todo el día echado, y así varios días seguidos. A ratos pasea por las aletas de la nariz el borde de una mano que parece muerta, con los dedos extrañamente rígidos y separados, y nada es más impresionante que ese gesto maniaco y torpe, que parece un gesto de animal o de loco» (24 de mayo de 1921)¹⁴.

Fueron muy frecuentes las visitas de Gide a Proust durante 1921 pues el año siguiente moriría convaleciente de un mal pulmonar crónico.

Decía Gide que no fue Marx sino Cristo quien le acercó al comunismo. En concreto, se afilió al partido después de un viaje a Chad (de nuevo, África) en 1925, en donde vio de cerca la injusticia del mundo y sintió la necesidad altruista de comprometerse. Fruto de estas vivencias es la publicación en 1928 de *Regreso del Chad*. Desde este momento prosigue la preocupación social de Gide; estamos en los años veinte, década de la génesis y expansión del Fascismo, y Gide no podía permanecer callado ante una corriente que no encajaba con sus pensamientos. Además, Gide tampoco encajaba en la ideología fascista: no olvidemos que era homosexual, que lo aceptó, que defendió públicamente a Oscar Wilde y su vida licenciosa, que había publicado *Los alimentos terrenales*, *El inmoralista* y *Los monederos falsos*, todas ellas cantos al disfrute de la vida, y que, tras muchas dudas, temores y ediciones clandestinas, había sacado a la luz en 1924, *Corydon*, según él, su obra más sincera pero, al fin y al cabo, una apología de la homosexualidad. No es de extrañar que desde 1921 comenzaran las primeras campañas de la extrema derecha francesa contra Gide.

¹³ *Ibid.*, p. 65.

¹⁴ *Ibid.*, p. 256.

Y no es de extrañar tampoco que, al tiempo que se acercó al Comunismo, comenzara la particular lucha de Gide contra el Fascismo: en 1932 expresa su simpatía por la *Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios*, aunque no se inscribiera en ella; en el 33, pronuncia el discurso «Fascismo» en la manifestación organizada por dicha asociación; en el 34, junto con Malraux, solicita al Tercer Reich la liberación del político búlgaro, fundador del Partido Comunista de su país, Georg Dimitrov y otros comunistas; en el 35 preside el Primer Congreso de escritores y en el 36 viaja a la URSS, en donde permanece desde junio hasta agosto de ese año.

Pero el acercamiento de Gide a la doctrina marxista encierra una obligada contradicción: el colectivismo comunista niega la libertad individual tan defendida en sus escritos. En sus «Cuadernos de la URSS» (páginas del *Diario* dedicadas a recoger sus vivencias en este país) recoge impresiones como las siguientes:

«(...) Obsérvese que no dudo que todo esto sea para el mayor bien de todos. De todos, sí; pero quizá no de cada uno. Juego con las palabras para intentar extraer aquí la verdad tan valiosa que nos enseñaba el Evangelio, según el cual, como escribí antes, cada uno es más precioso que todos».

«(...) La desgracia es que con demasiada frecuencia los amigos de la URSS rehúsan reconocer el mal (¡no, no es posible!) o al menos, por tales o cuales razones más o menos válidas y confesables, y en la mayoría de los casos por temor a comprometerse o al menos a hacerle, o parecer que le hacen, “el juego al enemigo”, callan...»¹⁵.

Gide demuestra con su *Diario* que la doctrina marxista, de la que ya empezaba a dudar antes de su viaje a Rusia, se le vino abajo cuando contempló *in situ* las consecuencias del comunismo. Contempló cierto afán de superioridad, cierta gloria nacional y una defensa excesiva por parte de los rusos de su política, de su gobierno, de su revolución y de su patria. Gide ya había dicho que el fin no justifica los medios:

«(...) Y he aquí lo que me frena a la hora de ser revolucionario; o al menos lo que hace que no lo sea sino a regañadientes. Puedo anhelar el comunismo, pero sin dejar de reprobar los espantosos medios que nos proponéis para obtenerlo. Eso de “quien quiere el fin quiere los medios” no por cambiar de mando deja de suscitarme malestar en el corazón. No quiero sentir a mi lado el odio, la injusticia y la arbitrariedad» (8 de noviembre de 1931)¹⁶.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 362-364.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 332-333.

Gide sintió odio, injusticia, arbitrariedad y desencanto durante su viaje a la URSS, y, por ello, publicó después, a finales del mismo año 36, *Regreso de la Unión Soviética*, que le desvincula ya casi definitivamente del comunismo. Esta obra provocó reacciones muy diversas que le obligaron a introducir algunas modificaciones.

Una de estas reacciones fue la del español José Bergamín, cuando, al año siguiente, en plena Guerra Civil española, invitó al francés a participar en el Segundo Congreso Internacional para la defensa de la Cultura. Se iba a celebrar en Valencia, lógicamente, todavía zona republicana; Gide, que había presidido la primera edición del Congreso en París, declinó la invitación. Bergamín, escritor comprometido, comunista convencido, presidente de la *Alianza de Intelectuales Antifascistas* y futuro exiliado, se declaró en contra del francés en su intervención pública en el Congreso, atacando su *Regreso de la URSS*. Esta intervención fue recogida por el periódico francés *Ce soir* bajo el título «El gran escritor católico José Bergamín, en nombre de la delegación española y de siete delegaciones sudamericanas, se declara en contra de André Gide». Gide recoge el suceso en su *Diario*:

«Artículo de Bergamín contra mí en *Ce soir*. Según el método ruso se elige un amigo como ejecutor. Según él en mi libro [*Regreso de la URSS*] he injuriado al pueblo ruso y a los escritores soviéticos. Si hubiera estado presente en el Congreso de los escritores en el que pronunciaba su discurso, le habría pedido que diera lectura pública a los pasajes incriminados» (12 de julio de 1937)¹⁷.

Gide no quiso comprometerse de nuevo públicamente. A pesar de no venir a España en el 37, su vínculo con nuestro país fue cercano a lo largo de toda su vida. Había viajado por primera vez a España en el año 1893, acompañada por su madre. En *Los alimentos terrenales*, de difícil clasificación en un género literario concreto porque tiene algo de novela, de poesía y de libro de viajes, precisamente como libros de viajes que es, el autor hace un recorrido por diferentes lugares de África y Europa. Aparecen así recuerdos a España, a Sevilla y a Granada:

«(...) En Sevilla, cerca de la Giralda, hay un antiguo patio de una mezquita; los naranjos están plantados simétricamente, el resto del patio está enlosado; los días de mucho sol sólo se puede disfrutar de una muy exigua sombra; es un patio cuadrado, rodeado de tapias; es de una gran belleza; no sé explicarte por qué.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 373-374.

Fuera de la ciudad, en un enorme jardín cerrado con verjas, crecen muchos árboles de los países cálidos. No entré nunca en él, pero miré a través de las verjas. (...)

En Granada, las terrazas del Generalife plantadas de adelfas no estaban aún florecidas cuando yo las vi (...)¹⁸ (pp. 46-47).

En otra ocasión, en 1910, realizó un viaje por el levante y sur del país que, una vez más, recuerda en su diario:

(Valencia), marzo-abril

«(...) Cuando uno llega a España sediento de sol, de danza y de canto, nada tan lúgubre como la sala de un cinematógrafo en el que la lluvia nos obliga a refugiarnos. Cantos y danzas, en vano los hemos buscado hasta Murcia. En Sevilla sin duda se encuentran aún; en Granada... Sí, me acuerdo de que en el Albaycín [sic], hace unos veinte años (nada desde entonces, ni siquiera los cantos de Egipto, ha sabido tocar un lugar más secreto de mi corazón): era, de noche, en una amplia sala de mesón, un chico gitano que cantaba; un coro, a media voz, de hombres y mujeres, luego súbitas pausas, cortaban ese canto jadeante, excesivo, doloroso, del chico, en el que se sentía su alma, cada vez que se quedaba sin aliento, expirar. Hubiérase dicho un primer esbozo de la última balada de Chopin; pero era algo que quedaba como al margen de la música; no español, sino gitano, irreductiblemente... Para volver a oír ese canto, ¡ah!, habría cruzado tres Españas. Pero huiré de Granada por temor de no volver a oírlo»¹⁹.

Admiró también nuestra literatura y costumbres y sufrió con nuestra guerra, la que él definió como «atroz agonía de España». El 26 de enero de 1939 escribía en su *Diario*:

«(...) Heroísmo escarnecido, buena fe traicionada y fullería triunfante: el espectáculo de España le llena a uno el corazón de asco, de indignación, de rencor y de desesperanza. Más vale no hablar en absoluto de ello que no hablar lo suficiente; pero mal haya quien malinterprete mi silencio. Una política absurda y, en su misma absurdidad, inconsecuente, parece haberse propuesto arrancarnos una tras otra todas nuestras razones de orgullo. ¿Cómo pensar en ello sin un sufrimiento indecible?»²⁰.

Terminó la guerra en España y llegó el franquismo en el 39. El 13 de noviembre de 1947, como sabemos, la trayectoria de André Gide fue reconocida con

¹⁸ A. GIDE: *Los alimentos...*, pp. 46-47.

¹⁹ A. GIDE: *Diario*, pp. 150-151.

²⁰ *Ibid.*, pp. 391-392.

la concesión del Nobel de Literatura. Gide se alejó del comunismo, y así lo señalaron entonces nuestros periódicos, pero nunca se aproximó, a pesar de su individualismo, a la dictadura; ni siquiera de soslayo.

En 1952, un año después de su muerte, cuyo cincuentenario recordamos con estas palabras, su obra entraba en el *Index librorum prohibitorum*.